

RESEÑA

AVÍSALE, LAUTARO

Hace tres meses recibo un ejemplar de un breve libro; en su portada el inconfundible rostro de Freddy Taberna, mezcla de un misticismo ruso decimonónico, con la mirada penetrante de un joven latinoamericano de principios de los 70. La sorpresa la del autor: Lautaro Núñez Atencio, el más vocacional de los arqueólogos chilenos.

Los catetos y la hipotenusa se juntaban a través del tiempo como una forma geométrica imaginaria, esa que restituye tiempos y espacios históricos. La dedicatoria manuscrita apela a nuestros escritos como iluminadores de su antropología, la misma que desde su adolescencia iquiqueña lo transformó en un pequeño “cazador de sombras” entre los eriales desérticos.

Lautaro escribe sobre Freddy Taberna, y el triángulo respira entonces la dimensión final de todos los anhelos que trepanaban la mente juvenil de los 60, y cuyo símbolo también parece representar el líder estudiantil del Pedagógico y posterior jefe socialista de Iquique hasta el amanecer trágico del “11”.

¿Qué lleva al hombre científico por antonomasia, al clasificador permanente “de lo que fue”, al auscultador mágico de los mundos perdidos en la subterranidad casi impalpable de un tiempo detenido a diseñar un “retrato hablado” de un dirigente socialista masacrado doblemente por la desaparición de su cuerpo?

No es la coetaneidad, pues Taberna tiene algunas “gradientes” menos, pero sí las enormes coordenadas que alojan a ambos en el estudio de la Historia, para desde ella saltar al campo de la Antropología, que en el caso de Lautaro se torna en el proyecto vital definitivo, y que en Freddy es apenas un relumbrón para plantarse a horcajadas en lo que su sangre y su voluntad exigían: la conducción política.

Ambos son iquiqueños, nutridos de esa especie de “chauvinismo” sano y no pretencioso del “único puerto” en desmedro de las “demás caletas”, los que auténticamente no pueden desligarse de su tierra, porque de lo contrario sufrirían el síndrome de Anteo quien renovaba su fuerza por el contacto con la tierra...

Y lo otro, aquello que la sensibilidad reditúa a la inteligencia: pensar y obrar para construir una sociedad más justa que en la proyección profesional de ambos, tenía (tiene) el substrato de aquel magnífico colectivismo agrario de nuestros hermanos de Neolítico, reconstruido piedra a piedra, kero a kero, por las manos nerviosas del arqueólogo que restituye en las piezas de la unidad dispersa, los himnos ocultos de aquellas sociedades que no reconocían el tuyo ni el mío.

¿Quién diría que todas las capacidades técnico-científicas de Lautaro Núñez, el doctor en Arqueología, reconocido en cuanto simposium internacional demanda su disciplina, estaría al servicio de la búsqueda de un “ser vivo”, de un amigo compartido en la serenidad del análisis o en la algarada de esas convivencias donde la inteligencia y la chispa de ella no necesita el estímulo artificial para exteriorizarse?

Pero Lautaro no pudo, porque los fusiladores de Freddy-como siempre en el actuar de la cobardía-temieron al culto popular, como si la memoria colectiva necesitara de santuarios para guarecer esa virilidad permanente.

Jamás -el que esto escribe- había leído una biografía como la diseñada por Lautaro Núñez en homenaje a su amigo Freddy Taberna, fusilado en Pisagua una madrugada de octubre de 1973. Aquí no hay concesiones al discurso laudatorio o falsamente lacrimoso; el personaje surge límpido, sin los adornos fraseológicos que el sentimiento pudiera doblegar hacia una retórica loa adornada de tenue lirismo fraterno.

Es que Lautaro no cede a su corporeidad de científico, y la descripción del barrio El Morro-cuna de Freddy- le da el “preciso pretexto” para darnos un magistral encuadre antropológico de ese “barrio prodigioso”, donde desfilan personajes adecuados a la pluma de Jack London o Herman Melville, sus decires, sus formas de socialización, la guapeza y la superstición.

El mundo de Taberna y sus falencias, el entorno del sueño y la capacidad de incoar la rebeldía, y el sustento de ella en la hebra de la utopía. El joven mártir está y no está, perfiles y guiños en la sabiduría del autor de este magnífico “Avísale Freddy” (Ediciones Iquiqueñas-1996), comienzo de un rescate trascendente, los fragmentos de nuestros muertos, corporizadores al fin del gran sueño redivivo en los pliegues andinos, ese que torna en insomne el disfrute de aquellos que ni sufren ni lloran por los caídos al margen de la “normalidad”.

Lautaro Núñez, con su rigorismo científico nos da la pauta como debe ser el auténtico glosario de los hombres y mujeres asesinados por tener certezas en el lumbre aquel de la justicia distributiva, de la corporeidad de una sociedad donde el trabajo y la dimensión interna de él no reconociera la explotación simple, y por tanto se convirtiera en la esencia de un producto ligado al disfrute con los demás.

Acá el hombre diseñado está implícito en su entorno y en su “crecencia”, como diría algún campesino continental; los cantos homéricos y el sollozar infecundo quedan aventados por el trazo seguro del antropólogo quien nos dice “así era”, “así actuaba”, y el por qué de su muerte abre el interrogante que todo lector repasará como la duda existencial, que por conocida desea obviarse en el sentido “auroral” de los tiempos del “todo vale” de la pretendida posmodernidad que nos invade como un velo insubstancial y de mala urdimbre.

Los nombres están, sus recuerdos teñidos de emocionalidad cobíjanse en centenares de escritos; la hora de la inmisericorde objetividad nos “avisa” que el hombre de San Pedro de Atacama nos ha impuesto un cerco definitorio para los que seguimos pensando que la Historia auténtica está más allá de los entornos del oficialismo de Estado: ella reside en la cotidianeidad fecunda, esa que la labra día a día un modo de ser y de hacer, transmitido de generación en generación con el memorial interminable de nuestros muertos.

Ariel Peralta Pizarro